

El mecenazgo americano.

Por Enrique Huertas.

Hoy el sol parecía retrasar obstinadamente su rutinario descenso y Antonio miraba hacia la calle a través de la ventana de su derecha; bebía su Cola Cao, veía pasar a la gente, gente gris o gente de colores y volvía a sorprenderse de sí mismo, como cada tarde, por el hecho de no poder descubrir ya parejas de enamorados que, ajustando su trayectoria al evidente punto de fuga, caminaran de la mano hacia él, hacia su intelecto. La voz del extranjero le extrajo de sus pensamientos.

—¿Es aquél señor de allí, verdad?

—Sí. Allí le tenemos. Vamos.

Los dos hombres se arrimaron hasta la mesa de la esquina que Antonio ocupaba, mientras Félix, el más veterano de los camareros, armándose diligentemente en la barra con el bolígrafo y la libreta, dirigió sus pasos hacia los tres decidido a ejercer con total firmeza todo su talento.

—Míster Chambers: le presento al señor Camaró, don Antonio Camaró, que como he venido repitiéndole todos estos días, no le decepcionará...

—Encantado de conocerle, señor Camaró... —respondió el americano tendiendo cortésmente su mano.

— ... —y Antonio la estrechó sin decir nada.

—Sentémonos, sentémonos; don Antonio, como ya le expliqué, el señor Chambers representa, con plenos poderes y completo margen de maniobra, a la prestigiosa galería Verwoerd de Nueva York...

—¿Los señores quieren cenar?—interrumpió Félix.

Los dos hombres consultaron la carta, eligieron sus respectivos segundos y pactaron compartir un reserva de Rioja, unos calamares a la romana, unos robellones a la plancha y un carpaccio de atún especialidad de la casa, bajo la desatenta mirada de Antonio y su silencio.

—Usted cenará los callos, ¿verdad, Antonio?

— ... —Antonio afirmó con la cabeza.

—¿Y otro Cola Cao?

— ... —Antonio afirmó de nuevo.

—Bien. Apuntado. Marchando todo en un pispás —y Félix se alejó.

—Bueno, cómo le iba diciendo, don Antonio, el señor Chambers, y la dirección en pleno de la galería Verwoerd, a la cual el señor Chambers representa, quieren tener el privilegio de poner al alcance del gran coleccionista neoyorquino la obra de usted, don Antonio, no he de decirle, don Antonio, que un artista de su talla casi parece obligado a entrar en el mercado norteamericano pisando fuerte desde el principio...

— ...

—...y, desde luego —añadió azorado—, la galería Verwoerd goza del más alto estatus en todo aquel país...

— ...

—Nosotros, señor Camaró, como ya le viene asegurando el señor Terón, aglutinamos la más selecta y exclusiva clientela en los Estados Unidos de América; nuestra galería, durante más de ciento cincuenta años, señor Camaró, ha estado ofreciendo el Gran Arte europeo, y el mejor autóctono, a los grandes coleccionistas de todo nuestro continente. Dalí, Renoir, Van Gogh, Duchamp, Cézanne... señor Camaró, y Matisse y Picasso y tantos... todos, señor Camaró, todos los más grandes, y queremos, necesitamos, casi suplicamos, llevar hasta allá también su obra, señor Camaró.

— ...

—Bueno, bueno, aquí traigo la encomienda —terció Félix—, ¡a ver los señores cómo se van a poner! Tus callos por aquí, Antonio. Y es que es lo que yo digo: aquí mejor que en casa. Pongo por acá los calamares, aquí este atuncito, a ver en ese hueco... gracias, el vinito por allá... aquí estos *ñiscales*... ¿pan van a querer?

—No, no, muchas gracias... —respondió Terón.

—Tú si quieres pan, ¿verdad, Antonio?

— ... —y Antonio afirmó con la cabeza terminando ya casi los callos que había estado tragando a dos carrillos.

—¡Pues volando ya llega! ¿Tostadito y con tomate?

— ...

—¡Faltaba más! En nada lo traigo —y vuelve a alejarse el Félix.

—La galería Verwoerd, el señor Chambers aquí presente, por supuesto que satisfacerían cualquier adelanto en efectivo en el cual esté usted pensando, don Antonio, porque en este caso, don Antonio, los *emonumentos* no son para nada lo importante, se trata más bien de... de... se trata más bien de... universalidad —dijo arrastrando la palabra—, sí, esa es la palabra: universalidad.

— ... —y como Antonio calla, los dos hombres se miran, el uno al otro, inquietos.

—Otra alternativa —retomó el americano—, otra alternativa... sería la cesión. Sí, señor Camaró, la cesión. Nosotros hemos puesto en práctica con éxito la cesión en algunos casos.

— ...

—¡Aquí llega el *pantumaca!* ¡Pero que requetebién que estamos comiendo, sí señor! A ver... sí, gracias, muy amables, en este huequito lo deposito... ¿estaban ricos hoy los callos, Antonio?

— ... —una nueva afirmación de cabeza.

—¿Tomarás cafelito?

— ... —y Antonio niega con una sonrisa.

—¿Otro Cola Cao?

— ... —y una nueva negación gestual.

—Vale, vale, pues este Félix ya anda con la música hacia otro sitio—y se va.

—La viuda de Jackson Pollock, por ejemplo —continúa Mr. Chambers—, ha cedido su gran mural a nuestra galería sin perder, evidentemente, la propiedad del mismo. Clientes nuestros de muy elevado poder adquisitivo, la General Motors en este caso concreto, nos *arriendan* la pintura para exponerla en el hall de su central en Detroit por un periodo de tiempo determinado, de este modo

conseguimos... conseguimos universalizar —dijo con dificultad— sin... despatrimonializar al artista, a su viuda en este caso.

— ...

—Don Antonio: tampoco es absolutamente necesaria la cesión de un gran mural... cualquier tela... —intentó Terón.

— ...

Y en aquel momento Antonio, inopinadamente, sacó del bolsillo de su americana una bolsa de papel, metió dentro el pan con tomate restregado, se levantó de la silla, se limpió los morros con la servilleta, la dejó sobre la mesa y se fue; abandonó el restaurante tras despedirse con la mano del Félix.

—¡Hasta mañana, Antonio! Te lo apunto. ¡Qué sea bueno y reconfortante ese sueñecito, sí señor! ¡Ay, este hombre! —y continuó con lo suyo.

Pasó un ángel. Pasó la santa comparsa entera. Los dos hombres que quedaban en la mesa se miraron fijamente a los ojos una vez más.

—¿Crees tú que hemos logrado convencerle? —preguntó el americano.

— ... —respondió Terón.